

Borja RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, *Historia del cuento español (1764-1850)*. Madrid, Iberoamericana, 2004, 423 págs.

Los amantes y estudiosos del cuento estamos últimamente de enhorabuena, en unos años las publicaciones en torno a la producción de este género en España, y, en lo que se refiere al cuento literario, dos buenos libros acaban de ser publicados. El primero de ellos, *El cuento español del siglo XIX*, se debe a la pluma de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, que hace ya bastantes años (1987) nos ofreció una magnífica edición de los *Cuentos jocosos* en diferentes versos castellanos (Valencia, 1804) de Pablo de Jérica y Corta, un publicista que alcanzó fama debido a su agudeza satírica en los periódicos liberales gaditanos que se publicaban en los años de las Cortes de Cádiz. El segundo de estos libros es el que aquí se reseña, una amplia historia del cuento español cuya trayectoria literaria traza Borja Rodríguez Gutiérrez, doctor con una tesis sobre este mismo asunto leída en febrero de 2003, y reciente autor de una edición de los *Cuentos* de Pedro de Madrazo y Kunt (2004).

Dos autores que, además, coinciden en escribir con un estilo ameno, directo y riguroso, sendos textos que cuentan con un detallado índice, abundantes referencias bibliográficas, índice onomástico o de autores citados, —en el segundo caso—, índice de cuentos, e incluso —en el libro de Esteban Gutiérrez— índice de colecciones de cuentos. En cualquier caso, las referencias a los cuentos concretos son detalladas y las citas directas de los textos abundantes y jugosas. Ambos libros, pues, se complementan felizmente, y no sólo por su cronología, sino también por el uso de sus fuentes y sus propósitos, en la estela de *El cuento español del siglo XIX* del admirado profesor Mariano Baquero Goyanes, cuyo trabajo de 1949 fue parcialmente revisado por su autor antes de su fallecimiento y editado por su hija Ana Luisa Baquero Escudero, autora también de atinadas y esclarecedoras investigaciones sobre la narrativa decimonónica.

Por su parte, Borja Rodríguez Gutiérrez rastrea las primeras tentativas de este género en la prensa del siglo XVIII y analiza su difícil andadura en los años finales de dicha centuria en que la prensa, como las publicaciones en general, conocía el aherrojamiento de la censura. El autor persigue el fluir «gadianesco» del cuento en las primeras décadas del XIX hasta que, al paso que el resto de la literatura, conoce un significativo resurgimiento tras la denominada «década ominosa» y alcanzar su apogeo en la efervescencia del Romanticismo.

Esta *Historia del cuento español* está planteada en tres capítulos, de los que el primero revisa la trayectoria del cuento español a lo largo del siglo XVIII,

desde unos inicios en los que el género es casi invisible —al menos así lo es para los teóricos y preceptistas—, hasta el filo del ochocientos en que la prensa ofrece algunos cuentos de lo que se ha venido a llamar «primer romanticismo», «pre-romanticismo», y «neoclasicismo o racionalismo-sentimental». No obstante —y es algo a lo que no se presta atención en esta obra—, los españoles de esta época siguen leyendo reediciones de cuentos y novelas cortas de los Siglos de Oro, así como traducciones, entre las que creo merece la pena destacar los *Cuentos tártaros* (1742) de fray Miguel de Sequeiros; quizás el problema resida en que este libro tiene como fuente principal la prensa y eso hace que la publicación de cuentos en volúmenes quede de alguna manera desatendida, pues Borja hace comenzar su historia en 1764, fecha de la aparición de la *Gacetilla curiosa* o *Semanero Granadino*, donde su autor, fray Antonio de la Chica Benavides, alcanza a insertar una narración inspirada en un hecho real, «El robo del Santo Sacramento». Hasta qué punto pueda considerarse, o no, este relato de indudable raigambre folclórica un verdadero cuento es la cuestión que se examina más adelante al insistir en las técnicas descriptivas, de tensión y suspense narrativo.

El hecho de que considere a la prensa como su fuente principal explica también la división cronológica del capítulo II «El cuento español de 1800 a 1850», donde se considera la producción en torno a tres etapas marcada la primera de ellas por el estallido del conflicto bélico tras la invasión napoleónica de 1808, y en la que se dedica especial atención a *Mis pasatiempos* de Cándido M.^a Trigueros (1804) que según, Borja Rodríguez, el autor «concibió como obra periódica destinada a la venta por suscripción», aunque al final saliera póstumamente en dos volúmenes. La segunda etapa en opinión de Rodríguez Gutiérrez está marcada por la escasa acogida que los periódicos de la época prestaron al cuento, silencio que sólo salvarían algunas revistas como el *Almacén de frutos literarios* de Alfonso de Valladares, y ya en la década de los veinte, algunas en el extranjero como las *Varietades* o *Mensajero de Londres*, y el *No me olvides*. No obstante, debe tenerse en cuenta que aún quedan muchas cabeceras por estudiar de la época de las Cortes de Cádiz y quizás alguna de ellas depare cierta sorpresa. También deberían añadirse las reediciones o nueva publicación de obras traducidas del francés o del inglés, como los *Cuentos de Marmontel*, traducidos por Pedro Estala durante su estancia en Valencia entre 1812 y 1813 (y reeditados por Salvá en 1823), los *Cuentos tártaros*, que vuelven a ver la luz de la mano de la Viuda de Barco López (1820), o los *Cuentos de duendes y aparecidos*, traducidos del inglés por don José de Urcullu (Londres, 1825; Salvá, 1826). En cualquier caso, Rodríguez Gutiérrez presta aquí atención también a varias obras misceláneas como *El Remedio de la melancolía: la floresta del año de 1821*

o colección de recreaciones jocosas e instructivas de Pérez Zaragoza —estudiado ya por Guillermo Carnero— donde se hallan varios cuentos, algunos de los cuales se habían publicado en otros periódicos en la década anterior.

El año de 1831 abre la tercera etapa y marca el despegue del género al calor de la prensa periódica ya en nuestro suelo, las *Cartas Españolas*, el *Semanario Pintoresco Español*, el *Museo de las familias*, *El Artista*, *El Siglo XIX*, son algunas de las revistas en las que los cuentos tienen mejor acogida.

Además de la perspectiva diacrónica, el autor revisa las relaciones entre el cuento y el cuadro de costumbres con el que a veces suele confundirse y que terminará por ser asimilado por el primero, la temática de los relatos, el análisis de algunas fórmulas narrativas como el cuento dramatizado, y las principales notas que lo caracterizan.

El último capítulo está dedicado al examen de los que considera autores principales en esta primera mitad del siglo XIX: Ramón de Mesonero Romanos, Serafín Estébanez Calderón, José Negrete, Eugenio de Ochoa, Pedro de Madrazo, Mariano Roca de Togores, Clemente Díaz, Gil y Carrasco, José de Espronceda, Miguel de los Santos Álvarez, Antonio Ros de Olano y José Somoza. Quizás puede echarse de menos la presencia en esta nómina de una autora pionera, Fernán Caballero, a la que Rodríguez Gutiérrez sólo menciona de pasada como recolectora de cuentos folclóricos; sin embargo Cecilia ya había publicado en *El Artista* su primer cuento en 1835, *La madre o el combate de Trafalgar*, y, sin ser los suyos obras maestras del género, se le puede considerar la precursora e incluso maestra de otros autores como Alarcón o el padre Coloma.

En cualquier caso, hasta 1850 fue publicando cuentos originales en el *Semanario Pintoresco Español*, como «La Hija del Sol», y «Los dos amigos» (1849), y otros como «Callar en vida y perdonar en muerte», «No transige la conciencia», «El vendedor de tagarninas», por citar algunos, en los que se observa cómo se adelantó a otros escritores en explorar las vías del realismo, como ya había hecho con el cuento de historia contemporánea, o historieta nacional al modo en que después lo harían Alarcón o Galdós, o con el cuento policíaco, como ha señalado Esteban Gutiérrez.

Finalmente, el descubrimiento de algunos autores como Madrazo o Somoza y la recuperación de otros como Miguel de los Santos Álvarez, Enrique Gil y Carrasco, Roca de Togores o José Somoza, así como el esfuerzo por leer, analizar, catalogar, comprender y sistematizar este millar de narraciones hacen que este libro deba considerarse como uno de los nuevos referentes bibliográficos para los historiadores del cuento que, repito una vez más, estamos de enhorabuena.

MARIETA CANTOS CASENAVE